





# HÉROES ROTOS



# **HÉROES ROTOS**

**JOAQUÍN DHOLDAN**

Primera edición, mayo 2017

© Joaquín Dholdan, 2017

© Triskel Ediciones, 2017

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-947141-0-8



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

Impresión: Masquelibros S.L.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

“Esta historia está  
dedicada a mi querida  
ahijada Florencia:  
**recuerdo indestructible,  
sonrisa transparente,  
mirada eterna”.**





*“El camino recorrido por el hombre y unos recuerdos  
intercalados constituyen el contenido de la novela”.*  
Stanislav Lem. En *“Vacío perfecto-Biblioteca del S. XXI”*.

*“¿Dejó de leer los libros de André Norton e incluso perdió  
interés en los últimos números de Watchmen, que se  
desarrollaban de modo tan enfermizo?”*  
Junot Díaz. En *“La maravillosa vida breve de Oscar Wao”*.

*“Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!”*  
José Martí. En *“Todo lo olvida Nueva York en un instante”*.

*“Que los hombres de goma y los rayos láser no te abrumen.  
No tengas miedo de estos maravillosos monstruos. Deléitate  
con ellos, con su absurdidad y su poder... ¡son la mejor  
imagen de nosotros mismos!”*  
Alan Moore. En *“Albion”*.

*“El caos los ataca por todos lados. Otros héroes menores se  
verían desbordados”*  
Kurt Busiek-George Pérez. En *“La liga de la Justicia vs. Los  
Vengadores”*.

*“Saber que nadie salva. Nadie Salva. Aunque pagues tu  
rescate. Aunque te rindas a tiempo”*  
Leo García. En *“Nadie salva”*.

*“Es cierta esta tormenta puedo predecirla”*  
Emiliano Martínez. En *“Enfermos calamares en su tinta”*.

*“Inmensamente poderoso. Rematadamente loco”*  
Frank Miller. En *“El contraataque del caballero oscuro”*.

*“Todos teníamos un alias en el barrio. A mi me pusieron el  
Doctor Muerte”*  
Gustavo Escanlar. En *“Estokolmo”*.





## La Liga de la Justicia

—¿Qué es un héroe?

La pregunta salió volando por la Villa. Mi amigo estaba encerrado en su cuarto, esperándome. Su ventana dejaba ver a lo lejos, a lo alto, la fortaleza, el faro apagado durante el día.

Qué sentir al matar a un hombre es un acertijo imposible de resolver. Mucho más cuando todos insisten en que tal acto fue el fruto de un valor extraordinario.

Antes de hacerme la pregunta, Gonzalo me contó la historia de punta a punta, y lo hizo sin saber que en el futuro nuestros caminos estarían marcados por mi respuesta.

Sus padres eran los dos médicos más famosos de Uruguay, habían realizado los primeros transplantes, tenían mucho dinero, pero aun así, nadie sabía por qué vivían en el casco antiguo del barrio, en un caserón gestado por su abuelo, uno de los más prestigiosos arquitectos del país.

En sus majestuosas habitaciones, nosotros jugábamos al escondite, al fútbol, y muchas veces leíamos historietas. El paralelismo era inevitable. Gonzalo y sus ojos celestes sufrirían una y mil veces una historia gemela con uno de mis superhéroes más admirados. Un niño rico en un barrio pobre se puede ganar un sitio de varias maneras, una de ellas es ser un prodigio para todos los deportes. Era rápido, ágil, fuerte y muy audaz. No tener miedo fue fundamental la noche anterior, cuando un ladrón entró en su casa, mientras dormían.

Lo escuchó, supo que estaba allí, adivinó su sombra. Tuvo un valor ancestral.

El ladrón apuntaba con un arma hacia la cama de sus padres. Ellos se habían despertado ante el susurro amenazante, ante el *clíc* que anunciaba la entrada al dolor. Allí estaba el tiempo helado, el frío en plena noche de verano. El hombre de pie, disfrutando del poder, su arma a punto de ser disparada. “*Voy a matar a toda la familia*”, prometió. Era una frase tan firme y cruel como el golpe que Gonzalo le dio en pleno brazo con su bate. Un bate del que se había encaprichado en un paseo a Estados Unidos, un bate inútil en el país del fútbol, donde nadie entiende de qué va eso del béisbol. Pero esa fue su arma, y tras el golpe, la pistola pegó en el suelo y rodó por el mármol hasta sus pies. El ladrón gritó, se agachó un instante y se incorporó furioso, desfigurado. Un grito de rabia y locura lo transformó aún más y se abalanzó sobre el niño, ágil, fuerte y pequeño de tamaño para su edad.

Gonzalo lo esquivó, giró por el suelo, tomó el arma y le disparó tres veces. *Plank, plank, plank*, todos en el blanco, y el ladrón cayó sobre la sangre que de inmediato salía y lo esperaba como una piscina del infierno. El olor a pólvora y sangre quedó y quedaría.

Hubo abrazos, llantos, policías, recreaciones, investigaciones. “*Este niño es un héroe*”, dijo el comisario a sus padres como una felicitación, a sus policías en tono de reproche, al barrio como una profecía.

En nuestras revistas Bruno Díaz<sup>1</sup> se quedaba congelado mientras el ladrón mataba a sus padres. Todas las noches, en cada batalla, Batman recordaba el crimen. Podía haber sido

---

<sup>1</sup> Nota del editor: En España se mantuvo el nombre original del inglés, Bruce Wayne.

así, la historia de mi amigo. Un huérfano millonario disfrazado de héroe.

## 2

—Creo que estar muerto de miedo y defender a quien no puede —le dije.

No podía evitar sentir orgullo.

Sin embargo, Gonzalo no aceptó jugar. La valiente anécdota para él se transformó en una obsesión, había matado a un hombre. Tuvieron que pasar muchos años para que yo lo comprendiera.

Mientras tanto, seguíamos con nuestros pequeños rituales, esos de los que constan nuestros laberintos, también llamados destinos.

En vacaciones me levantaba a media mañana y luego de tomar un vaso de leche con cocoa caminaba media calle abajo, y parado en el muro gritaba su nombre. Entonces se abría una ventana y Gonzalo saltaba con la agilidad de un gato, se quedaba parado un momento en su cornisa. Su casa tenía tres pisos, su dormitorio estaba en la segunda, acariaciado por la copa de un inmenso árbol, un viejo ombú en constante amenaza de ser cortado. Desde allí me saludaba y comenzaba a bajar saltando de rama en rama.

Al mismo tiempo yo subía un poco. El tronco principal tenía una zona mágica, donde el árbol se partía en dos personalidades, un tronco grueso y tranquilo, y una locura de ramas y hojas impredecibles. Allí nos sentábamos en ese hueco amplio, a dos metros del suelo. En él planeábamos cómo disfrutar esos años que volaron frente a nuestros ojos.

3

Un instante después nuestro grupo se completaba con los hermanos Capusotti. Lara y Jorge eran mellizos y, no sólo por el sexo, tenían una colección de diferencias. Ella era la versión femenina de Gonzalo, ágil, fuerte, una explosión de energía. Él en cambio tenía una virtud única, podía llegar a pasar desapercibido por lo veloz. Era sigiloso, una sombra que sabía hacer compañía, escuchar, observar. Podía sonreír y tenía momentos en que su mirada parecía desaparecer. Lograba no estar allí, era como si supiera viajar en el tiempo.

4

En esos primeros días, marcados aún por el encuentro nocturno de Gonzalo y su destino, teníamos unos pocos enemigos. La vieja Rosa, que estaba siempre al otro lado de su ventana esperando una trasgresión, que le robáramos alguna flor del jardín, o vaya a saber uno qué. Éramos, lo puedo afirmar hoy, un grupo de buenos niños, niños buenos, por lo que las únicas veces en que justificábamos sus vigilantes alertas eran cuando nuestra pelota de fútbol caía entre sus plantas, y Jorge entraba furtivo, como una sombra, a rescatarla. Había, a veces, verdaderos duelos de velocidad.

Nuestro campo de fútbol era la calle, frente a la casa de Gonzalo, era más despejado y no había “bocas de tormenta”, malditos desagües tragapelotas. Por la vieja nos habíamos movido lo más al norte posible, pero alguna patada inevitable hacía picar el balón más de la cuenta y este saltaba el muro prohibido. Todos quedábamos congelados. Tras la cortina podía estar ella, o no, su casa en eterna penumbra no dejaba ver el interior. Todos titubeábamos. La vieja Rosa se



había robado un par de pelotas en el pasado, una vez a mí, otra a Lara.

Era como un duelo del lejano oeste, pero sin ver a uno de los pistoleros. Pensábamos que si ella quería atraparnos en vez de a la pelota era todo un lío, pero no podíamos perderlo. Este balón era fruto de una compra colectiva luego de un sacrificado esfuerzo. Y allí estaba, apenas visible entre las plantas frondosas, salvajes, espinosas.

La puerta crujía y era la señal, el disparo. Del interior, una vieja solitaria había elegido su guerra particular con los chicos del barrio, cuidando un jardín que no cuidaba, vigilando una propiedad que nadie quería; su edad no le reducía la rapidez, para la maldad no hay edad, era increíble ver cómo una anciana que parecía a punto de morir, y a duras penas se desplazaba hasta el almacén, se convertía en un delantero centro decidido a meter el gol de su vida. Sin que lo viéramos, Jorge estaba del otro lado, a sus espaldas, la vieja aparecía, estaban los dos duelistas al lado de las plantas, y Jorge, tras saltar el muro como un rayo, volvía con el balón bajo el brazo. La vieja Rosa habría arañado su espalda, y se quedaba mirando su garra. Entonces volvía a su cueva, vacía y muda. Tampoco decía nada cuando nos veía por la calle o en un comercio del barrio, no nos veía, sólo éramos su objetivo cuando queríamos rescatar algo nuestro de su jardín marchito.

## 5

Por última vez me escondí bajo la cama.

Me quedé allí mirando al suelo sin apenas respirar. Junté los brazos bajo mi cuerpo. Aquello empezó por culpa del médico de la familia. Al principio sólo le veía el lado

gracioso, le recitaba cosas de memoria, le resultaba extraño que siendo tan pequeño leyera. No sé que edad tenía. Mis padres recién me habían adoptado. Mi padre era un emigrante asturiano que había protagonizado un escándalo en su colectividad, él presidía la Asociación de España cuando dejó a su esposa para irse con una profesora de Literatura. No sé si que fuera nativa, o más joven, o sólo porque él era casado, pero se transformó en un paria para su colectividad. Se tuvo que mudar de casa, pero siguió obstinadamente siendo presidente de su grupo, además con gran habilidad juntó votos entre los hijos de los asociados y logró ocupar ese puesto hasta el día de su muerte. Años de concubinato y marginalidad, jamás volvió a ser aceptado por sus compatriotas. Nunca supieron por qué. Creo que manejaban la diferencia en las edades como la clave, quizás era algo más profundo, el caso es que no tuvieron hijos, y a pesar de lo lento y engorroso del trámite iniciaron el proceso de adopción. Esa parte de la historia está llena de oscuridad, similar a la de mi piel color canela. Caí de algún lado, y el azar me llevó junto a ese matrimonio lleno de amor.

Mi madre sufría grandes depresiones, tengo la imagen constante de escucharla llorar días enteros, sólo dejaba los sollozos cuando dormía. Mi padre trabajaba todo el día. Y ella había decidido que no era tiempo de empezar la escuela. De hecho me comenzó a mandar a los seis años obligada por la ley y por recomendación del médico de la familia. Mi madre me había enseñado a leer y escribir siendo muy pequeño. Ese juego trascendió en saber párrafos de libros de memoria. Luego leía los prospectos de los medicamentos y los recitaba, se los decía al médico cuando venía a verme por culpa de mi asma.

La escuela era un suplicio, enseñarle a leer y escribir o hacer cuentas a alguien que se sabe *“El Quijote”* y puede recitarlo de atrás para adelante o que nunca necesitó una calculadora porque tardaba más en teclear los números que en decir el resultado, supongo que era complicado. Quizás por ansiedad, y por la reacción poco amigable ante lo extraño de mis compañeros, tenía las crisis cada vez con más frecuencia. El doctor Parnas, el médico de la familia, venía a verme y ya no sonreía cuando yo me quitaba el “ventolín” de la boca para decirle dosis, indicaciones y efectos secundarios de alguno de los medicamentos que me había recetado.

Una tarde incluso los escuché discutir.

—Jerónimo tiene que jugar con niños de su edad.

Cuando mi madre había logrado integrarme con los niños del barrio, apareció el doctor Parnas con otros médicos diciendo que debían hacerme estudios neurológicos o algo así. Escuché una conversación de mis padres, tener un hijo adoptado por métodos alternativos hace que sea muy difícil entrar en debates. Ellos tenían por prioridad evitar escándalos. Se reunieron un día con los padres de Gonzalo y estos le sugirieron que permitieran los estudios y se ofrecieron como vigilantes y mediadores ante el médico de la familia. Supongo que mi condición especial les hizo muy fácil aceptarme como el mejor amigo de su hijo. Recuerdo a nuestros padres hablando en su casa y a nosotros yendo hacia la puerta y trepando por primera vez a nuestro árbol.

—Salí ahora de debajo de la cama —dijo mi mamá—. Está el doctor. Ya estás grande para esto.

Me había prometido que era la última reunión por un tiempo. Esas vacaciones me las había ganado, eran parte de mi estrategia, incluso seguir escondiéndome cuando venían a buscarme.

Me tomó unos meses entender el mecanismo de los test que empleaban. Tuve que estudiar un poco para saber qué buscaban y me llevó un año convencerlos de lo que habían encontrado. Disimulé mi memoria, coordiné mis razonamientos, practiqué cómo hablarles a los psicólogos, supe qué pensar ante los electroencefalogramas, aunque hablara de otras cosas y mintiera en las respuestas, y fundamentalmente aprendí a equivocarme en el momento justo.

## 6

Una tesis y un artículo en una revista. Eso fue lo que lograron aquellos médicos en todo ese tiempo. Algo de la estimulación precoz y creo que pusieron que luego el desarrollo regulaba el proceso y frenaba la capacidad de adquirir conocimientos. Logré decepcionarlos en el momento justo.

La principal lección de aquellos años fue entrenarme para saber qué mostrar y cuándo usar mi potencial. Podía dejar de ser un bicho raro y por el contrario razonar qué tipo de vida quería tener, planearla y mover lo hilos. Eso creía.

## 7

Un par de años después apareció entre nosotros el hombre de piedra.

Eric llegó con su madre una noche y a partir de allí se quedó en la casa de su abuelo, un anciano que vivía en un taller mecánico que se dedicaba exclusivamente a los *DKW*, unos coches viejos con motor de dos tiempos.

Eric parecía no tener sentimientos. Con los años averiguaríamos al detalle su historia. Todo empezó un par de años

antes, en Buenos Aires, cuando los milicos entraron en la noche y se llevaron a su padre encapuchado; la madre escapó saltando para el patio del vecino llevándose a Eric a la fuerza. Si por él hubiese sido le habría hecho frente a todos esos tipos, pero esa rabia contenida desde los siete años lo había carcomido toda su vida. Así fue que su madre escapó a Montevideo, que también estaba en dictadura. Ella lo dejó en casa de su suegro y siguió escapando, cosa que nunca logró ya que desapareció y no se logró saber su paradero. Jamás vi a Eric contar su historia o escuchar lo que de ella sabía su abuelo con un ápice de emoción. Era un buen muchacho, muy tranquilo, fuerte y torpe. Jugaba mal a casi todos los deportes ya que en cualquiera aplicaba su fuerza descomunal para nuestra edad. Era alto, pelirrojo, con una mirada oscura y fría, sonreía poco, pero parecía estar siempre de buen humor. Sólo le conocíamos dos estados de ánimo, la calma y la furia. Su dureza en el deporte le brindó el apodo de *“hombre roca”*, pero era un gran defensa en fútbol, sobre todo cuando lesionaba de una patada a un delantero. A diferencia de Lara, Gonzalo, Jorge y yo, él aparecía sólo algún fin de semana, el resto del tiempo trabajaba con su abuelo en el taller. Para estar con él debíamos entrar al galpón lleno de grasa y coches viejos; tenía un gran encanto ese lugar con herramientas. Tanto que fue allí donde se me ocurrió nuestra primera misión.

## 8

El abuelo de Eric nos contó el robo. Antes habíamos escuchado el rumor de la existencia del delincuente pero le habíamos dado la misma importancia que al Viejo Tongo o a la Negra María. Esos dos habían sido nuestras pesadillas

durante años, y una vez superado nuestro miedo los incluíamos en la lista de enemigos por puro romanticismo.

Eric nos vino a buscar uno a uno con su mayor cara de furia. No concebía que su viejo hubiera pasado un susto de muerte justo en la esquina de su casa.

—A mi abuelo lo atacó el Fantasma con Dientes de Ajo —dijo en cuanto me asomé por la puerta.

Mientras caminábamos en busca de los demás, trataba de comprender por qué la primera reacción del hombre roca fue buscarme y reunirnos.

Un par de años antes estábamos jugando cuando nos atacó el Viejo Tongo y no dudamos ni un instante en defendernos como grupo. Aquel día estaba oscureciendo y nosotros decidimos seguir jugando a la escondida, sabíamos que era de las últimas veces que disfrutaríamos de ese juego de niños. Nuestros cuerpos ya estaban creciendo y pocos rincones los cubrían. Pero nos encantaba a pesar de que el claro vencedor era Jorge, todas y cada una de las veces. Ya estábamos terminando el juego cuando apareció un enorme perro. Nos quedamos quietos en la esquina de la calle vacía. Eran las vacaciones de primavera, y una brisa anunciaba un nuevo episodio de lluvia. El Río de la Plata perfumaba sus costas, y esa humedad que sólo conocen Montevideo o Buenos Aires, formó una burbuja que parecía especialmente concentrada en nuestro barrio. Nos quedamos quietos, porque desde hacía años, cada tanto, aparecía la jauría de un anciano que vagabundeaba por toda la Villa. Le habíamos puesto de nombre "*Viejo Tongo*" porque así les gritaba a los perros para que nos persiguieran.

De la nada salió otro perro, más grande, más negro. Luego otro pequeño y sucio. Y otro. Eran diez perros de diferentes colores y tamaños.

Jorge ya tenía una piedra en la mano. Eric cerró los puños. Gonzalo y Lara estaban a mi lado. “Que le tire la piedra a él” le dije a Lara. Ella a Gonzalo y Gonzalo a Jorge.

Justo cuando el Viejo iba a gritar “Tongo”, Eric tenía la piedra en su mano y se la lanzó con toda su fuerza. El vagabundo se cubrió con las manos, pero el golpe en el pecho lo tiró de espaldas. Bastó ese instante para que todos saliéramos disparados a casa de los Capussotti, la más cercana. Justo antes de entrar miré hacia atrás y noté cómo el vagabundo se ponía de pie, aturdido, mientras sus perros le rodeaban desconcertados.

Llegamos al taller y nos miramos con la misma complicidad con que nos despedimos aquel día en que actuamos tan coordinados.

—El fantasma lo esperaba en la esquina. Dice el abuelo que de lejos parece un tipo normal. Cuando pasó por su lado le dijo: “¿tiene fuego?”, el abuelo le contestó que no y se le vino encima diciendo: “¿y de estos tiene?” y le mostró tremendos dientes, como un perro rabioso. El abuelo pegó un grito y sintió que el corazón le estallaba. —Una pausa llena de furia rebotó en las paredes del taller—. Pobre viejo. Mirá si lo mata —comentó entre dientes clavándome los ojos, insinuando la posible venganza.

—¿Y para qué hace eso con la gente? —dijo Lara.

—Les roba, les agarra el bolso mientras corren y el mismo miedo los hace salir disparados, gruñe, da un miedo que te cagas por las patas, soltás todo y se te queda con lo que llevas —explicó el abuelo, que seguía la reunión desde un coche rojo medio desarmado. Su cuerpo chiquito apenas era visible, era un escondite ideal donde sólo se veía su cabeza calva asomarse por una ventanilla.

—¿Y si no llevan nada? —razonó Lara.

—Trabaja con el miedo. Es una leyenda más, el miedo agrega detalles sobrenaturales, la oscuridad hace los dientes más grandes, la gente esquiva la esquina y él los espera en otras como una aparición... Tengo una idea. Vamos a atraerlo —afirmé.

—Es al pedo botijas, y hasta capaz que nos da un disgusto.  
—El abuelo salió del coche como un duende vestido de azul, frotándose las manos llenas de grasa.

—Nada de eso. Lo vamos a asustar nosotros a él —dijo Gonzalo.

Volví a mi casa y comencé un ritual que marcaría nuestra vida. Revisé en mi ropero una a una las revistas de superhéroes que tenía guardadas. Eran sólo una pequeña muestra de las que había leído. Cuando se vive en un barrio humilde hay caminos muy imaginativos para consumir a gusto. Existían varios kioscos que en lugar de vender, canjeaban revistas, uno llevaba las viejas y con pocas monedas renovaba el *stock*. Tuve épocas de ir dos veces en un día.

Los comencé a hojear mientras ideaba un plan: sabía que los hombres disfrazados inspiraban leyendas, si el fantasma era una lo podríamos combatir con otra. También mi ritual nació con un defecto que los años iban a empeorar, no era claro con mis compañeros. No compartía con mis amigos todos los efectos.

Al principio era por pereza, para no explicar a fondo las posibilidades. Era un guiño arrogante, un defecto que mi propia mente nunca logró apartar, era la semilla de un gran problema que mi propia inteligencia generó, detectó y decidió que debía sufrir.

Finalmente armé un plan que era más que un susto de unos pibes valientes a un original ladrón de poca monta, era un pequeño experimento.



## El Surfista Plateado

Visto a la distancia, un grupo de niños jugando en la calle es una mueca propia de una ciudad feliz. Cuando ellos no pueden jugar libres una sociedad pierde valor, deja de servir, comienza a envejecer rumbo a la muerte.

Ellos iban cada tanto a explorar el monte del Parque Vaz Ferreira, llamados por la magia de encontrar “macumbas”, pequeñas ofrendas de las religiones afro que aparecían cada tanto en alguna esquina del barrio o entre esos árboles. Las bandejas con velas, maíz, bebidas y a veces alguna gallina muerta, ropa o fotos, les daban una curiosidad y una sensación de vivir la aventura de un mundo desconocido para ellos.

—Magia —decían.

—Odio la magia —decía Jerónimo.

